— Oye, Magda...

— ¿Qué?

— Estoy pensando en la cara que pondría el reitre si nos viera aquí, desayunándonos juntos, tranquilamente, cuando él nos cree á doscientas leguas el uno del otro. De fijo le daba un ataque.

— ¡Oh! No te rías, te lo ruego, porque no tiene nada de gracioso. Yo temo siempre verle surgir á nuestro lado ó saltar las tapias del jardín para caer sobre nosotros...

— ¡Envíale á paseo de una vez!

— ¡Si pudiera! murmuró Magdalena... Pero me mataría en el acto.

Y añadió en voz más baja, besando el brazo de Remigio, descubierto por el peinador:

— Y ahora que te tengo, no quiero morir.

— ¡Oh! Magda, nada de tercer acto, ¿eh?

Magdalena trató de reir, aunque descorazonada por aquella burla, pues sus palabras habían sido sinceras. Y durante un largo rato siguió examinando al encantador andrógino, ya distraído en seguir las idas y venidas de una muchacha en el jardín contiguo.

« Así es, pensó Magdalena tristemente... Todas las mujeres le atraen y todas son juguetes para él. Yo no soy, como Marta, tonta y sin temperamento, y, sin embargo, no soy para él más que Marta. »

Remigio se levantó y estiró su esbelto talle en el peinador, divirtiéndose con su papel de mujer delante de Magdalena, que trataba de sonreir, aun teniendo el corazón oprimido. Pero la puerta del saloncillo se abrió de repente y apareció la doncella muy pálida.

— ¿Qué hay, Francisca?

— Señora... El príncipe está ahí.

— ¡El príncipe! balbució Magdalena.

Y por un movimiento instintivo se puso delante de Remigio como para protegerle.

— ¡Adelante, príncipe!... dijo éste en tono bufón.

— ¡Supongo que no le ha dejado usted entrar! dijo Magdalena.

— ¡Oh! no, señora condesa. El príncipe no ha llamado siquiera. Está en la calle de Prony acechando el hotel.

— ¿Está usted segura de que es él?

— Enteramente segura. Le he visto desde mi cuarto.

— ¡Dios mío! ¿Qué hacer?... No se ría usted, Remigio; me pone usted nerviosa. Parece que no sabe usted lo salvaje que es Cristián...

— Francisca, dijo Remigio á la doncella, nos va usted á dejar subir á su cuarto. Quiero darme el gusto de ver al reitre hacer la centinela. ¡Vamos, Magda! ¡No ponga usted la cara de tercer acto! Subamos al cuarto de Francisca. ¡Marchen!...

Y enlazó alegremente por el talle á Magdalena, cogió de un brazo á la doncella y las obligó á subir

al último piso, donde vieron, por el tragaluz, la alta estatura del príncipe de Erminge paseándose por la acera de la calle de Prony y mirando al hotel como si quisiera penetrar con los ojos el secreto de sus muros.

Cristián, perseguido por los celos, había, en efecto, salido de las Tachoueres al amanecer, después de aquella noche en que encontró á Marta delante del cuarto de Magdalena. Sus celos no provenían de meditaciones ni deducciones. Había tenido, simplemente, al despertarse, un acceso más intenso de desconfianza. « ¿Si á pesar de todo me hubiera mentido?... ¿Si estuviese en París?... » Y como esa idea le era insoportable, quiso cerciorarse por sí mismo, tomó el primer tren y llegó á París en la misma mañana. La vista del hotel, cerrado y silencioso, le tranquilizó un poco, pero su duda, sin embargo, no le abandonaba. « Si Magdalena está ahí, es evidente que se oculta... Las persianas cerradas no prueban nada. » Había, sin embargo, un medio muy sencillo de saber la verdad : llamar, dar un empujón á la doncella y registrar la casa. Pero como, en el fondo, temblaba ante Magdalena, que era indispensable para su vida, y le espantaba la amenaza de un rompimiento ó, siquiera, de un enfado, no se atrevió á hacerlo y se contentó con aquel acecho de polizonte. Magdalena y Remigio le espiaban desde el cuarto de Francisca y le vieron hacer varias veces el ademán de oprimir, de estrujar una cosa con las manos. Magdalena conoció aquel gesto y se estremeció, pues significaba, sin duda, lo que haría con un rival si le cogía á su alcance.

El príncipe de Erminge estuvo todo el día en acecho y poco á poco se fué calmando su extremada excitación. Aquel organismo poderoso y simple se llenaba de bienestar y volvía á la confianza tan ardientemente como caía en los celos. Magdalena no había mentido, luego le era fiel. Y el príncipe deseaba verla y pedirle perdón por sus dudas... El día se pasaba y, á pesar de todo, el príncipe no podía decidirse á abandonar su puesto de espía. Llevaba diez y ocho horas sin comer ni beber y no tenía hambre ni sed. Solamente una ligera jaqueca empezaba á golpearle en las sienes. Cuando se empezaban á encender los faroles se colocó enfrente del hotel y con sus ojos penetrantes y seguros de cazador, que jamás se engañaban, examinó la fachada. Las ventanas seguían á obscuras. De repente brilló una lámpara detrás de un tragaluz del tejado. « El cuarto de Francisca » pensó Cristián, y siguió en su puesto. La jaqueca se iba agravando. El príncipe creía á Magdalena ausente, pero ya no se alegraba, pues se sentía como desamparado y vergonzoso del papel que estaba haciendo. Pensaba en toda aquella orgullosa, brutal y dichosa raza de los Ermingen, que no pensaba más que en dar batallas, quemar pueblos, violar mujeres y dar y recibir golpes. Se

encontraba incómodo en las costumbres de parisiense del gran mundo como en un traje estrecho. Entre tanto cerró la noche y Cristián vió apagarse el tragaluz. En seguida se abrió la puerta del hotel y apareció la misma doméstica de por la mañana, muy cubierta con el sombrero y el velo. « Es Francisca, que se aprovecha de la ausencia de su ama para ir á ver á algún amante », pensó... Quiso llamarla y preguntarle á quemarropa: « ¿Está la condesa?... » Pero tampoco se atrevió entonces. La muchacha, que iba de prisa, estaba ya volviendo la esquina de la calle. Cristián, entonces, se decidió á abandonar su centinela, tomó un coche y se hizo llevar á su casa. No tenía más que el tiempo justo para vestirse, pues aquella misma noche salía para Saint-Clair, donde iba á cazar unos días con los Destreux.

¡Si hubiera sabido!... ¡Si hubiera sabido que todo aquel día su querida y el rival de quien sospechaba le habían pasado en caricias, que la certeza de ser espiados y el miedo al peligro hacían ser más apasionadas, más locas y más intensas!... ¡Si hubiera oído sus frases, en las que siempre figuraba su nombre y su apodo!... ¡Si hubiera adivinado que aquella doncella tan presurosa y tan tapada era Remigio, que, muy gozoso con hacer al príncipe aquella jugarreta, se moría de risa contoneándose en las faldas de Francisca!... ¡Si hubiera visto, en fin, á Magdalena, no satisfecha

con todas aquellas horas de lo que Remigio había llamado amor celular, ponerse con una especie de frenesí el traje que el joven había tenido puesto, y besarse los brazos, para respirar todavía al ausente!...